

Salvador Cardús i Ros

Independientismo maduro

Simplificar la realidad, caricaturizarla, demonizarla, suele ser una estrategia útil cuando de lo que se trata es de combatirla en el plano retórico para luego conseguir una cierta eficacia política también retórica. Pero de nada sirve ridiculizar la realidad si uno pretende analizarla, comprenderla y prever su evolución. Algo de lo primero ocurrió cuando el 8 de septiembre de 1989, en Barcelona, se silbó al Rey al llegar con treinta minutos de retraso a la inauguración del Campeonato del Mundo de atletismo –haciendo esperar a cuarenta cadenas de televisión internacionales– en el remodelado estadio de Montjuïc. Allí se desencadenó uno de estos grandes procesos de descalificación ciega que ya tuve ocasión de analizar con todo detalle en “Xiulets a l'estadi”, en mi *Política de paper* (La Campana, 1995).

Aquel día, la Policía Nacional y la Guardia Civil (2.500 agentes) habían requisado arbitrariamente desde los botellines de agua hasta las banderas catalanas de más de 40 centímetros, después de obligar al público a pasar hasta tres controles distintos. Por si fuera poco, el aguacero que caía en Barcelona mostraba las deficiencias de un estadio lleno de goteras. Tras la espera, cuando finalmente apareció el Monarca, llegaron los silbidos. Y con ellos, la espectacular tormenta, ahora mediática, que quiso atribuir la protesta a un supuesto doble juego de Jordi Pujol. Resulta interesante recordar el hecho y comparar las declaraciones de algunos políticos y comentaristas políticos del momento como Pujol, Obiols, Maragall, Solé Tura, Porcel, Villatoro, Barril, Ramoneda, Marc Álvaro o Barnils. Pero quien mejor bordó la desfiguración del instante fue Vidal-Quadras, que en su artículo en *El País* del 14 de septiembre titulado “Nacionalismo y etología”, comparaba los silbidos con “una feroz estampida de búfalos martilleando sobre la estepa africana, una bandada de aves migratorias volando hacia su destino inexorable, un grupo de babuinos enfurecidos chillando y mostrando los dientes...”. Todo, para acabar considerando el fracaso que sería querer introducir algo de racionalidad en aquella “horda” entregada a la “ciega satisfacción de su

agresividad gregaria”. ¡Qué gran futuro político se adivinaba ya hace veinte años en el profesor de física nuclear!

Pero de los tímidos silbidos de 1989, llegamos a los silbidos ensordecedores de Mestalla del 2009, sin que pueda atribuirse ahora a ninguna manipulación gubernamental. Claro que puede repetirse el intento de ridiculizar o de criminalizar una muestra de descontento y desafecto, pero de nuevo se engañarán quienes sigan por este camino. Actualmente, en Catalunya



MESEGUER

el independentismo sale del armario y se multiplica, pero ya no sólo como consecuencia de las divisiones habituales propias de cualquier grupúsculo político. Ahora la multiplicación se debe a su rápida adaptación a la complejidad del momento, a la necesidad de incorporar nuevos matices, en definitiva, a su maduración política.

El independentismo aletargado, que la ERC del 2003 consiguió despertar y que ahora ya no es capaz de seguir aglutinando, parece que no se resigna ni a la abstención ni a volver a entrar en el armario. A ERC, el “tiempo de restar” le ha llegado muchísimo antes de lo que CiU tardó en

liquidar su “tiempo de sumar”. Es cierto que en una proporción difícil de precisar, la actual puerta de entrada al independentismo es la reacción a la larga frustración de expectativas aportadas por el posibilismo autonomista y a las consiguientes provocaciones de los que consideran que se ha llegado demasiado lejos. Pero se equivocaría quien opinara que todo se reduce a un *català empenyat* que pone cara de mala uva porque no le resuelvan lo suyo. No: está reapareciendo el independentismo histórico con una profunda convicción sobre los derechos inalienables del país. Crece el independentismo fruto de la maduración política, después de comprobar por enésima vez que con la mera conllevancia no se va a ninguna parte. Está el inapelable independentismo económico de los que, con la máxima racionalidad, calculan la relación coste-beneficio de seguir en España. Como no podría ser de otra manera, también existe un independentismo sentimentaloides, voluble. Y tenemos incluso un independentismo filosófico y cordial que ama a España sin complejos, pero que –vean el documental *Cataluña-Espanya* de Isona Passola– en la bella expresión de Xavier Rubert de Ventós, sabe que “para abrazarse, deben ser dos”.

No busquen aún en las encuestas lo que les cuento. Las encuestas están para hacer fotos fijas desde el pasado, y yo les estoy hablando de una realidad en movimiento que se dirige al futuro y que aún no ha cuajado en una expresión institucional fuerte ni en un liderazgo claro. No hay nada que preguntar cuando aún no hay nada exacto sobre lo que pueda responderse. Aún puede pasar cualquier cosa. Pero los gestos actuales consiguen un efecto llamada de proporciones notables. Por supuesto, como decía al principio, se intentará menoscabar su importancia, se buscará exasperar las reacciones contrarias y se recurrirá al miedo por lo que pudiera ocurrir. Pero el independentismo ya es lo bastante maduro como para saber que sólo tiene un camino posible: el de una educada, tenaz y muy inteligente radicalidad democrática.●

salvador.cardus@uab.cat

Màrius Carol



De Vespasiano a Laporta

Roma es una ciudad donde la historia perdió hace tiempo su reloj de arena, así que el pasado y el presente se confunden, y los mitos ancestrales se complementan con los héroes modernos. Así se entiende que esta invasión pacífica de catalanes e ingleses con ocasión de una final de la Champions se confunda con las celebraciones por los dos mil años del emperador Vespasiano en el Coliseo romano, anfiteatro que mandó levantar en el siglo I de nuestra era.

La coincidencia tiene su gracia, porque Tito Flavio Vespasiano fue un emperador romano que entendió antes que nadie que para gobernar con cierta tranquilidad lo mejor era tener entretenido al personal con toda suerte de competiciones, así que encargó la construcción de un anfiteatro que debía llevar su nombre, aunque ha pasado a la historia como el Coliseo. La inauguración la hizo su hijo Tito, quien dispuso cien días y cien noches de festejos, en los que se mataron más de 5.000 animales. Curiosamente, el poeta Juvenal describió en su *Satira X* la costumbre de los emperadores de re-

El Barça juega en el Estadio Olímpico de Roma, ciudad que celebra dos mil años de su otro Coliseo

galar pan y entradas para los juegos del circo como forma de tener distraído al pueblo de la política, de ahí la locución latina *panem et circenses*. Lo cierto es que aunque en nuestros días las entradas no se regalan y los bocadillos de los estadios no son precisamente baratos, no resulta menos cierto que el fútbol baja tensiones y en tiempos de crisis resulta un escape de angustias y penas.

El Estadio Olímpico de Roma reunirá en sus gradas 70.000 personas, más de las que cabían en el Coliseo, donde se calcula que se apiñaban cerca de 60.000 espectadores. Es posible que, metafóricamente, el fútbol remita al coraje, el ímpetu y a la destreza de los gladiadores, pero es evidente que el espectáculo de los tiempos de Vespasiano resultaba bastante más agresivo, así que las bajas de los atletas no solían ser por un tirón muscular, sino por ser devorados por leones o ensartados en las lanzas de otros luchadores. Los antiguos romanos, que gustaban de los espectáculos más o menos deportivos, ponen de manifiesto que afortunadamente los deportes han conseguido sofisticarse a lo largo de veinte siglos.

Vespasiano nunca pudo ver completado el Coliseo, igual que Laporta acabará su mandato sin haber remodelado el Camp Nou. El emperador romano cambió la política imperial con reformas financieras y con una gestión muy unipersonal, y en eso ambos también se parecerían. Por lo demás habría pocas similitudes: el soberano tenía una calva prominente a edad temprana y era un tanto circunspecto. A Vespasiano se le atribuye la frase: “Pobre de mí, creo que me estoy convirtiendo en un dios”, sentencia que demuestra que perdió el mundo de vista, y que nunca diría Laporta. Aunque si el Barça gana el triplete podría tener la tentación de pronunciarla.●

Jordi Llavina

Qué hacer hasta la hora del partido

En día tan señalado como el de hoy, me parecería una descortésia tratar de otro tema que no sea la final. Aunque no creo que quede mucho por decir, la verdad. Los periodistas tienen aún, en el periódico del día, la oportunidad de agotar las posibilidades del tópico. Este miércoles –¡que sea de gracia, no de ceniza!– volveremos a leer estampado en letras gordas “hoy puede ser un gran día” y todos los titulares llevarán a Roma, ciudad abierta donde las haya. Vivimos unos quince días como de Navidades extemporáneas. La Nochebuena fue sensacional, de petardeo. La Nochevieja, ni te digo. Hoy debemos culminar la tarea con la noche de Reyes más bonita que se recuerde en años. Estoy convencido de que uno de los camellos no va a tener una avería antes de llegar a Roma, de

que serán tres los Reyes y de que no van a recibir ningún silbido.

El mayor problema de este miércoles consiste en saber cómo vamos a resistir hasta la hora del partido. El jefe sabe que hoy no puede esperar una productividad media. Nuestra capacidad de concentración va a disminuir notoriamente y el tiempo del café con los compañeros aumentará en varios minutos. Mezclaremos, al teléfono, algunos nombres. Vamos a intentar, comerciales, no equivocarnos en los pedidos. Atención al pulso, médicos cirujanos. Traten, maestros y maestras, de no confundir, en la pizarra, un régimen verbal con otro dictatorial. Mañana va a ser otra cosa. La rentabilidad del negocio vivirá una jornada, como gusta decirse, histórica. El dueño del bar pondrá la bandera del Barça en plan falda a lo lar-

go de la barra y hasta invitará a cañas. Y el poli municipal y el mosso van a deponer, por un día, esa compulsiva manía de multar, alentada por la escasez de fondos en las arcas.

Pero, ¿cómo llenar las horas hasta la del partido? Si tienen hora con el acupuntor, ¡pardiez!, desconvóquenla. Serénense. Abran un libro de poesía. Uno de los más impresionantes que he leído en meses se titula *Feliz humo*, y es obra de Javier Codesal (Periférica). Nada que ver con el fútbol. Codesal usa muy pocas palabras, pero las carga de significado. Habla de la muerte, pero su verso es de una belleza exquisita. “Su enfado se parecía al bulto / de la leche al hervir / Olía a carne”. Sus imágenes se refieren a enfermedad, pero rezuman luz. Ocupemos las horas hasta la fijada con palabras verdaderas.●